

mediatamente conocido, y temen los reyes que les quite sus diademas. Así es que desde su juventud anda vagando, sin poderse establecer en ninguna parte. Muchas veces se ha alejado á pueblos muy distantes del suyo; pero no bien llega á una ciudad, cuando se descubre su nacimiento, y el destino que le reserva el hado. Por mas que quiere ocultarse entre las ocupaciones de una vida oscura, siempre, segun dicen, le descubren sus talentos para la guerra, su sabiduría en las letras, ó su prudencia en los mas importantes negocios, presentándole la casualidad ocasiones en que tenga necesidad de emplearlos. Su mérito labra su desgracia: todos le temen, y por él se vé ahuyentado de todas las naciones. Su destino es ser estimado, amado y admirado en todas partes, y de todas arrojado. Ya no es jóven, y sin embargo aun no ha hallado en el Asia, ni en la Grecia ninguna costa en que hayan querido dejarle vivir con algun descanso. No parece ambicioso, ni busca fortuna: harta fuera la suya en que el oráculo no le hubiera prometido un trono. Ninguna esperanza tiene de volver á ver su patria, pues consigo llevaria la afliccion y el desconsuelo á todos sus habitantes. Hace poco aprecio de la diadema, sin embargo de que su destino le impele á correr por todo el mundo tras ella, y ella parece huir de él, burlándose así de este desgraciado hasta su vejez. ¡Funesto presente de los dioses, que tan amargos hace los mejores dias de su vida, y que tantos trabajos le reserva para una edad en que ya el hombre solo apetece el descanso! Dice que va desde aquí á Tracia por si halla algun pueblo salvaje y sin leyes, que pueda reunir, civilizar y gobernar algunos años, para que cumplido así el oráculo no dé mas que temer en ninguna parte, y pueda retirarse á una aldea de Caria donde

dedicarse, como desea, á la agricultura. Este es un hombre sabio y moderado que teme á los dioses, conoce á los hombres, y sabe vivir en paz con ellos sin estimarlos. Esto es lo que se dice de ese extranjero, de quien me pedisteis noticia.

Durante esta conversacion volvia Telémaco continuamente la vista al mar, que ya empezaba á moverse con el viento, el cual engrosaba las mansas ondas que venian á herir los penascos de la isla, dejándoles cubiertos de blanca espuma. Al instante que lo advirtió el anciano, le dijo á Telémaco: Ya llegó la hora, y no es justo hacer á mis compañeros que me esperen. Corre hácia la ribera, se embarca, y no se oye en toda ella mas que el confuso murmullo de los marineros impacientes por continuar su viage.

Aquel desconocido, llamado Cleomenes, había andado por la isla sin sosegar en parte alguna de ella: subia á las rocas, y desde allí contemplaba con una profunda tristeza el inmenso espacio de los mares. No le perdía de vista Telémaco, que atentamente observaba sus pasos, compadecido de la infelicidad de un hombre virtuoso destinado para grandes cosas, y sirviendo entretanto de juguete á una rigurosa fortuna. A lo ménos, decia entre sí, puede que yo vuelva á ver á Itaca; pero este desgraciado no volverá nunca á ver la Frigia. Así aliviaba Telémaco su pena con el ejemplo de otra mayor. Finalmente viendo el incógnito su nave á punto, bajó de aquellas escarpadas rocas con tanta presteza y agilidad, como Apolo cuando persiguiendo los ciervos y javalíes recorría los precipicios en las selvas de Licia. Entra en la nave, la cual, surcaudo las ondas, se aleja de la tierra.

Al verlo Telémaco, se sobrecoge de tristeza, sin

saber la causa; caénsele las lágrimas, y nada le es mas dulce que este llanto. Al mismo tiempo vé á los Salentinos tendidos sobre la yerba, y profundamente dormidos de cansados: el dulce sueño se habia apoderado de sus miembros, y Minerva en medio del dia habia derramado en sus ojos las adormideras de la noche. Admirale á Telémaco este universal letargo en los Salentinos, miéntras los Feacios habian estado tan diligentes para aprovecharse del viento favorable; pero aun le llamaba mas la atencion el navío feacio que iba ya á ocultarse entre las ondas, que el cuidado de despertar á los Salentinos. Impelido por una oculta fuerza, tenia fijos los ojos en la nave, de la cual ya no alcanzaba á ver mas que la blancura de las velas sobre el azul de las aguas: tan enagenado, que ni oía á Mentor que le hablaba; y tan fuera de sí y arrebatado como las Ménades (1), cuando corriendo con el tirso en la mano hacen resonar sus desatinados alaridos en las márgenes del Hebro (2), y en los montes de Rodope y de Ismaro (3).

Vuelto en sí un poco de esta especie de encanto, empezó de nuevo á llorar, y Mentor le dijo: No extraño tu llanto, mi querido Telémaco, porque la causa de él, que á tí te es desconocida, no lo es á Mentor: tú no sabes que es la naturaleza la que habla por tus ojos, y que es ella la que en tu corazon promueve esa ternura.

(1) Las Ménades ó Bacantes eran unas sacerdotisas de Baco.

(2) El Hebro es un rio de Tracia, llamado hoy Mariaza.

(3) Rodope é Ismaro están igualmente en la Tracia.

El incógnito que te ha conmovido tanto es el grande Ulises, y lo que de él te ha contado aquel anciano Feacio una ficcion inventada para ocultar mejor la vuelta de tu padre á Itaca, de cuyo puerto se halla ya bien cerca: por fin vuelve á ver aquellos sitios por tanto tiempo deseados. Tú le has visto sin conocerle, como en otro tiempo se te predijo; bien pronto volverás á verle, y os conoceréis ámbos; pero fuera de Itaca no podian permitirlo los dioses. No se ha enternecido su corazon ménos que el tuyo; pero es demasiado sabio para descubrirse con nadie; y ménos en un sitio en que pudiera esponerse á la traicion y á los insultos de los crueles amantes de Penelope. Ulises, tu padre, es el mas sabio de los hombres, y su pecho un pozo profundo donde oculta sus secretos, donde no es posible ni aun traslucirlos. Ama la verdad, y nunca dice nada que la ofenda; pero tampoco la dice sin necesidad, porque la prudencia cierra como un sello sus labios á toda palabra inútil. ¡Cuánta fué su connoction al hablarte! ¡qué violencia le costó él no descubrirse! ¡y cuánto sufrió al verte! Esto era lo que le hacia parecer tan triste y abatido.

Estremamente conmovido Telémaco, no podia contener las lágrimas, ni reprimir los sollozos que le embargaban la voz, hasta que desahogado algun tanto, exclamó por fin: ¡Ay de mí! yo conoquí muy bien lo extraordinaria é irresistible que era la fuerza que me inclinaba á aquel desconocido, y la sensacion que su vista me causaba. Mas porqué no me dijisteis quien era, pues le conocisteis? ¿porqué le dejasteis partir sin hablarle, y sin mostrar siquiera que le conociais? ¿qué misterio es este? ¿habrá de ser eterna mi desgracia? ¿ó han decretado los dioses tratarme como al sediente Tán-

talo , cuya esperanza lisonjea una agua engañosa , que huye de sus labios cuando mas cerca se le pone ? ¡ O Ulises , Ulises ! ¡ cómo temo haberos perdido para siempre ! acaso no te volveré á ver ! ¡ acaso caerás en las asechanzas que contra mí tenian dispuestas los amantes de Penelope ! Si yo le hubiera seguido , tendria á lo ménos la gloria de morir con él . ¡ Ay Ulises , Ulises ! cuando ya aplacado Neptuno no te oponga ningun obstáculo (que todo debo temerlo de la fortuna enemiga) me estremece la idea de que podeis llegar á Itaca con tan funesta suerte como Agamenon á Micenas (1) . ¡ Pero porqué , amado Mentor mio , me habeis envidiado la dicha de que ahora le estuviere abrazando ? Ya estaria con él en el puerto de Itaca , y pelearíamos juntos contra nuestros enemigos .

Vé ahí , le respondió Mentor sonriéndose , lo que son los hombres . Estás enteramente consternado porque has visto á tu padre sin conocerle . ¡ Cuánto hubieras dado ayer por saber que estaba vivo ! Hoy le has visto por tus mismos ojos , y esto que debía llenarte de alegría , te causa la mayor tristeza . Así el inconstante corazon humano tiene en poco lo que mas ha deseado luego que lo posee , y se atormenta por poseer lo que aun no tiene .

Para ejercitar tu paciencia es para lo que los dioses te tienen en esta suspension . Tú tienes por perdido este tiempo ; pues sabe que es el mas útil de toda tu vida , pues te ejercita en una virtud , que es la mas necesaria

(1) Agamenon , rey de Micenas , haciendo vuelto de la guerra de Troya cargado de laureles , fué matado en su casa por Egisto , ayudado de Clitemnestra , su propia muger , que le habia deshonorado en su ausencia .

á los que han de mandar . Para ser dueño de sí y de los demas , se necesita tolerar ; porque la impaciencia que parece esfuerzo y vigor , es realmente una flaqueza procedida de la falta de valor para sufrir . El que no espera , ni sufre , es como el que no puede callar un secreto , porque á ámbos les falta firmeza para contenerse ; así como al que corre velozmente en un carro , que por no tener fuerza en la mano para refrenar á tiempo los caballos , se desbocan , se precipitan , y le arrastran en su caída . Esta es la causa de que el hombre impaciente se vea arrastrado á un abismo de miserias por sus indómitos y feroces deseos , y que cuando mayor sea su poder , le sea tanto mas funesta su impaciencia por nada espera , nada medita , todo lo violenta ; desgaja la rama por coger el fruto ántes de madurar ; rompe las puertas por no esperar que se las abran ; quiere segar cuando el experimentado labrador siembra ; y en una palabra , todo cuanto hace está como hecho de priesa , y sin oportunidad , y no tiene mas duracion que tienen subsistencia sus inconstantes deseos . Tales son los proyectos insensatos del que cree poderlo todo , y se abandona á sus impacientes deseos , abusando de su poder . Para enseñarte , pues , á ser sufrido , ejercitan los dioses tanto tu paciencia , que parece se complacen en verte errante , y tenerte siempre incierto . Pónente delante lo que mas deseas ; y al cogerlo , huye como un sueño al despertar ; y esto para que aprendas que aun lo que se cree tener seguro , en un instante desaparece . Los mas acertados documentos que te dé Ulises , no te serán tan útiles como su larga ausencia , y los trabajos que buscándole has sufrido .

Aun no satisfecho Mentor , quiso probar mas y mas la paciencia de Telémaco . En el mismo momento en

que este iba presuroso á despertar á los marineros para reembarcarse con la mayor brevedad , en aquel mismo le detiene para hacer un gran sacrificio á Minerva , y Telémaco se presta con docilidad á todo lo que Mentor dispone. Erígense dos altares de céspedes , humea el incienso , y corre la sangre de las víctimas : Telémaco dirige al cielo tiernos suspiros , y reconoce cuanto debe á la poderosa proteccion de la diosa.

Acabado el sacrificio , siguió á Mentor á un pequeño bosque que se hallaba inmediato , y allí vé que repentinamente toma el rostro de su amigo una nueva forma : deshácense las arrugas de su frente , como desaparecen las sonibras al abrir la aurora con sus dedos rosados las puertas del oriente , dorando el horizonte : sus ojos sumidos y severos se transforman en azules de una amabilidad celestial , animados de una luz divina : desaparece tambien aquella barba entrecana y desaliñada , y vé el absorto Telémaco un semblante noble y denodado , mezclado de dulzura y gentileza : vé un rostro de muger , cuya tez es mas delicada que la de la mas fresca flor , y á cuya blancura de azucena estaba mezclado el carmin de la rosa : vé florecer en él una inmortal juventud con una magestad sencilla y descuidada. De su rubia cabellera se difundia la fragancia de la ambrosia ; y no brillaba ménos su undoso ropage , que brillan los mas vivos colores con que al amanecer dora el sol las sombrías bóvedas del cielo , y las nubes lejanas que sus rayos alcanzan. No tocaba la diosa con los pies en el suelo : discurría velozmente por el aire como una ave le hiende con sus alas : empuñaba con su poderosa diestra una resplandeciente lanza , capaz de hacer temblar á las ciudades y naciones mas belicosas : temblará hasta el mismo Marte. Era su voz suave y apa-

cible , pero fuerte y penetrante ; y sus palabras saetas de fuego que atravesaban el corazon de Telémaco , y le causaban cierto dolor agradable. Encima del yelmo se veía la triste ave de Atenas (1), y brillar en el pecho la formidable egida. Por estas señas conoció Telémaco á Minerva , y exclamó :

¡ O diosa ! ¡ sois vos ! ¡ vos misma os habeis dignado de conducir al hijo de Ulises por amor de su padre !... Quería proseguir , pero le faltó la voz ; y en vano se esforzaba á espesar los conceptos que impetuosamente le salian de lo íntimo del corazon ; porque la presencia de la diosa le tenia sobrecogido , como al que un pesado sueño oprime tanto , que hasta la respiracion parece que le quita : y que por mas que inuene los labios , no puede articular palabra.

Por fin dijo Minerva : Oyeme , hijo de Ulises , óyeme por la última vez. A nadie he instruido con tanto cuidado como á tí : yo te he llevado de la mano por entre naufragios , países desconocidos , batallas sangrientas , y por entre todos los peligros que pueden servir de prueba del valor humano : yo te he enseñado con ejemplos prácticos las verdaderas y las falsas máximas de reinar : tus defectos no te han sido ménos útiles que tus desgracias ; ¿porqué quien podrá sabiamente gobernar sin haber jamas padecido , ni sacado fruto jamas de lo que ha tenido que padecer por los defectos en que ha incurrido ?

(1) El buho , cuyo vuelo miraban los Atenienses como un presagio de la victoria , porque esta ave estaba consagrada á Minerva , su diosa.

La fama de tus tristes aventuras , así bien que las de tu padre , ocupa mares y tierra. Vé , pues ya eres digno de seguir sus huellas : desde aquí no falta mas que una corta y fácil travesía para Itaca , adonde él llega en este momento : anda , pues , pelea en su compañía , y obedécele como el menor de sus vasallos para dar ejemplo á los demas. Pedirá para tí á Antiope, en cuya compañía vivirás felizmente , porque preferiste á su hermosura su prudencia y su virtud. Cuando reines , funda tu gloria en renovar el siglo de oro ; oye á todos , y cree á muy pocos ; guárdate de dar demasiada estimacion á tus dictámenes ; teme engañarte , pero no que los demas conozcan que te has engañado.

Ama á tus vasallos , y no omitas nada para ser de ellos amado. El terror es preciso cuando el amor falta ; pero se debe usar de él con la misma repugnancia que se usa de los remedios violentos y peligrosos.

Prevé detenidamente las consecuencias de lo que emprendas , prevé los mayores inconvenientes , y sabe que el verdadero valor consiste en ver los peligros , y despreciarlos cuando es necesario. El que no los vé , es porque le falta valor para estar tranquilo á vista de ellos ; y él que los vé todos , evita los que puede , y arrostra con serenidad los que no : este es el prudente y el magnánimo.

Huye de la molicie , del fausto y de la profusion : sé tú un ejemplo de sencillez , y tus acciones y virtudes , el ornamento de tu persona y tu palacio : sean ellas las guardias que te custodien , haz que aprenda en tí el mundo entero en que consiste el verdadero honor.

No olvides nunca que no reinan los reyes para su

propia gloria , sino para bien de sus vasallos : el bien que hacen se propaga hasta los siglos mas distantes , y los males que causan se multiplican de generacion en generacion hasta la mas remota posteridad. Un mal reinado suele causar la calamidad de muchos siglos.

Está sobre todo siempre alerta contra tu genio : este es un enemigo que te acompañará hasta el sepulcro , tendrá parte en tus resoluciones , y te serás infiel si les das oídos. El es la causa de que no se aprovechen las mas ventajosas circunstancias : inspira indignaciones y aversiones pueriles en perjuicio de los mas considerables intereses : hace que se decidan los negocios mas graves por las mas fútiles razones : ofusca los talentos , disminuye el valor , y él es el que hace al hombre débil , inconstante , vil é insoportable : desconfía , pues , de tan dañoso enemigo.

Teme á los dioses , Telémaco , y aprecia este temor como el mas rico tesoro que puede poseer el hombre : con él adquirirás la sabiduría , la justicia , la paz , la alegría , los placeres puros , la verdadera libertad , la agradable abundancia y la gloria.

Yo te dejo , hijo de Ulises ; pero no te dejará mi sabiduría , con tal que reconozcas que sin ella es nada lo que puedes. Tiempo es de que por tí mismo te conduzcas : con este mismo objeto me separé de tí en Egipto y en Salento , para que te fueses acostumbrando á privarte de la dulzura de mi compañía , así como se desteta á un niño cuando es ya tiempo de que se sustente con alimentos sólidos.

Apénas puso fin la diosa á este discurso , cuando se remontó en el aire , se envolvió en una dorada nube , y en ella desapareció. Afligido Telémaco , atónito y

fuera de sí, se postró en tierra levantando las manos al cielo : despues se vuelve á despertar á sus compañeros, apresura la partida, llega á Itaca, y reconoce á su padre en casa del fiel Eumeo (1).

(1) Homero da á este fiel servidor el nombre de Eumeo : era el mayoral de los rebaños de Ulises, que cuidaba de los demas pastores, y á cuya casa se fué directamente este rey al llegar á Itaca.

FIN.

